

U.S.A.

por THOMAS
BUCHANAN



Bob Considine, columnista de la cadena Hearst, conservador, señaló que los gobiernos consideran necesario engañar a la gente de vez en cuando. La «Credibility gap» tuvo su primer caso en la era Eisenhower, quien aparece aquí con G. Humphrey (Tesoro), Nixon (Vicepresidencia) y Foster Dulles (Secretaría de Estado).

LA CRISIS DE LA VERDAD

LA nueva expresión inventada por los periodistas norteamericanos —«brecha de credibilidad» (credibility gap)—, que intenta definir la diferencia existente entre las declaraciones hechas por funcionarios del

Gobierno estadounidense y la realidad, ha dado pie a los ataques de los más respetables portavoces de la prensa del país desde el fracaso de las últimas propuestas de paz para el Vietnam.

El comentarista de TV, Walter Cronkite, que pasa diariamente revista a las noticias ante millones de telespectadores americanos, ha afirmado en un reciente discurso en la Universidad John Hopkins, de **SIGUE**



«Credibility gap» núm. 1: el caso Powers, piloto del avión «U-2» derribado sobre la Unión Soviética en «misión meteorológica», un escándalo político.

tado, anunció solemnemente que Powers se había desorientado casualmente mientras efectuaba una misión meteorológica que debía redundar en beneficio de toda la Humanidad. No hay razones para suponer que los Estados Unidos hubiesen desmentido esta explicación oficial si el piloto estadounidense no hubiera confesado totalmente ante las autoridades soviéticas y quedara evidente la verdadera naturaleza de su misión meteorológica. Pero era demasiado tarde cuando el presidente norteamericano Dwight Eisenhower admitió públicamente que sus portavoces no habían dicho la verdad. Por aquel entonces ya lo sabía todo el mundo. Los últimos en enterarse de los hechos fueron los propios estadounidenses, gran parte de los cuales habían creído inocentemente que Washington les había dicho la verdad y que era en Moscú donde mentaban.

Después de esto, hubo otra gran crisis de falta de confianza respecto a las afirmaciones del Gobierno norteamericano con ocasión del ataque a la bahía de Cochinos, que muchos periodistas habían ya predicho. Precisamente, yo escribí un artículo documentado sobre la participación norteamericana en los planes para la intervención militar; este artículo se publicó en Francia y en otros países europeos antes de producirse la invasión real. En el artículo citado, escribí lo siguiente: «Se han completado ya los planes destinados a derrocar al Gobierno cubano y acabar de forma sangrienta con la revolución castrista. Se ha elegido ya un nuevo Gobierno, al que prestan su apoyo incondicional los Estados Unidos, y que está en contacto diariamente con los principales consejeros del presidente Kennedy en cuestiones latinoamericanas, en Miami, Washington y Nueva York. El ejército invasor, reclutado en suelo estadounidense y adiestrado con armas norteamericanas desde abril de 1960 aguarda su día "D"... Este es el horario para Der Tag: "fase primera". Cientos de barcos, cargados de guerrilleros armados a los que se les ha adiestrado actualmente en bases se-

cretas de Guatemala y del área del Caribe y en Fort Gulick —Estados Unidos—, participarán en un asalto simultáneo de la larga e indefendible costa cubana, al tiempo que aviones americanos de transporte "C-54" se encargarán de tirar paracaídas sobre blancos previamente elegidos del interior de la isla. Fase dos: tan pronto como se establezca una cabeza de puente, relativamente amplia, José Miró Cardona y los miembros de su gabinete entrarán en la isla por vía aérea y, una vez allí, se proclamará el Gobierno legal de Cuba. Fase tercera: Este Gobierno "provisional" será muy pronto reconocido como representante oficial del pueblo cubano por parte de aquellos países latinoamericanos que siguen las directrices de los Estados Unidos, lo cual servirá para que los Estados Unidos puedan seguir suministrando armas por vía indirecta a las fuerzas invasoras. Fase cuarta: Los Estados Unidos pedirán y obtendrán de la Organización de Estados Americanos autorización para, en nombre de la "defensa del hemisferio", imponer un bloqueo naval a Cuba para impedir que puedan llegar a la isla alimentos o armas procedentes de cualquier país extranjeros.

No es necesario recordar que los portavoces oficiales del Gobierno de Estados Unidos denunciaron la publicación de estos artículos como «totalmente carentes de fundamentos». Estas mismas fuentes oficiales no pudieron ser más inexactas en sus informes sobre los hechos acaecidos en las primeras horas de la invasión de Cuba. Vamos a dar a continuación unos cuantos rumores oficiales, de los que ya hablé en otro artículo, a raíz de los acontecimientos: «Los combatientes de la libertad desembarcaron en la bahía de Cochinos; comenzaban, así, la liberación de su patria. Los campesinos cubanos les recibieron con flores. El presidente de los Estados Unidos expresó su esperanza de que el Gobierno de Cuba sería muy pronto derribado Fidel Castro había muerto... No, estaba gravemente herido. No, había intentado huir a Méjico. Había

«Credibility gap» núm. 3: el informe Warren. Las conclusiones de la comisión fueron el factor que, posteriormente, influyó más en la pérdida de crédito de las declaraciones gubernamentales, socabando su prestigio.

Baltimore, que, desde el comienzo de la escalada en la guerra del Vietnam «las fuerzas aéreas no han dejado ni un solo instante de engañar y confundir al público».

La «falta de veracidad» en todos los comunicados que conciernen tanto a los verdaderos motivos por los que estalló esta guerra como a la situación militar actual y a los objetivos reales de la diplomacia norteamericana, ha llegado a ser —según Cronkite— tan sistemática, que cada pronunciamiento del Gobierno de Johnson se recibe, por parte del público estadounidense, con un cinismo que no tiene paralelo histórico y que amenaza con quebrantar la «fe en nuestra democracia interna y de nuestra seguridad exterior».

El citado comentarista aclaró que no se refería precisamente a errores involuntarios, sino a una política oficial de falsas informaciones gubernamentales que —añadió— «era causa de que el Gobierno hubiese tenido que desmentir, repetidamente, noticias que se había visto obligado a confirmar posteriormente, a causa del desarrollo de los acontecimientos».

Bob Considine, uno de los principales columnistas de la cadena de periódicos Hearst, de derecha, señaló, al analizar este fenómeno, que los Gobiernos siempre habían considerado necesario engañar a la gente de vez en cuando. Según Considine, esto no había comenzado con Johnson ni terminaría con él. Lo malo, a su entender, es que bajo el mandato de Johnson se había acentuado este fenómeno.

El primer caso que citaba fue el «sobrevuelo» de la URSS por aviones «U-2», que realizaban misiones de espionaje. Considine recordó que cuando fue derribado el piloto de un "U-2", Francis Gary Powers, sobre Sverdlosk, en 1960, Lincoln White, del Departamento de Es-



LA CRISIS DE LA VERDAD



«Credibility gap» núm. 2: muchos periodistas predijeron el ataque a la Bahía de Cochinos, pero los portavoces oficiales del gobierno denunciaron los artículos acusadores como «totalmente carentes de fundamento». Más tarde desvirtuarían también los informes de lo ocurrido en los primeros momentos de la invasión.

sido capturado su hermano Raúl. Los combatientes de la libertad habían tomado una fortaleza situada en una isla próxima a las costas de Cuba y 10.000 prisioneros políticos se habían unido a su bando. Próximamente, podrían anunciarse nuevas victorias. Había muerto Fidel Castro... No, estaba escondido en algún sitio. Había sufrido una crisis nerviosa desastrosa. Se empieza a sospechar ahora, en Washington, que las informaciones que hemos estado recibiendo de Cuba no son totalmente exactas. El presidente ha nombrado a un oficial del Ejército, jubilado, para que lleve a cabo una investigación sobre nuestros espías y trate de averiguar por qué no resultan más fidedignos. Como señala el columnista de la Hearst, Bob Consigned: «Lo primero que dijo Washington al respecto fue que el Gobierno americano no tenía nada que ver con aquel asunto. Sin embargo, como se supo más tarde, la verdad es que el presidente Eisenhower se había mostrado completamente de acuerdo con la idea y que el Gobierno de Estados Unidos había financiado, en gran parte, el entrenamiento de las fuerzas anticastristas y que, llegada la hora crítica, el presidente Kennedy se había vuelto atrás. Todo el mundo sabía esto y otras muchas cosas, todo el mundo, excepto el pueblo americano».

Uno de los últimos en enterarse de la magnitud de la intervención norteamericana en la crisis cubana fue, al parecer, el embajador de los Estados Unidos en la ONU, Adlai Stevenson, el cual negó solemnemente que los Estados Unidos estuviesen de algún modo complicados en la invasión de Cuba, en un discurso basado en los informes recibidos por él.

Parece ser que Stevenson quiso presentar la

dimisión —que Kennedy no aceptó—, cuando se enteró de que eran falsos todos estos «informes» y que había sido elegido precisamente él para relatar aquellas falsedades. El propio Kennedy se disgustó tanto a causa de las inexactas informaciones que le habían suministrado los agentes de la C. I. A., interesados en manipular ellos solos la política exterior de Estados Unidos, que manifestó a sus colaboradores el deseo de «hacer mil pedazos la C. I. A.». Conquistó, eso sí, librarse de su jefe, Allen Dulles, el cual no se reincorporó a la vida pública hasta que murió el presidente que le había destituido. Dulles fue elegido, irónicamente, para investigar el asesinato de Kennedy y fue el miembro más activo de la Comisión. Dirigió muchas investigaciones en ausencia de Earl Warren. El informe de esta Comisión fue el factor que, posteriormente, influyó de modo decisivo en la gradual pérdida de crédito de las declaraciones gubernamentales. No ha existido otra ocasión, en la historia de los Estados Unidos, en que haya estado tan comprometido el prestigio de las más importantes agencias del Gobierno al aceptar, sin más ni más, la verosimilitud de un documento. Se ha dicho y repetido constantemente, sobre todo en los países anglosajones, que la tesis sustentada de forma unánime por dichas agencias «ha de ser aceptada» (para expresarlo con palabras de la Comisión); en el caso contrario, quedaría en tela de juicio la propia estructura e integridad de las instituciones norteamericanas. Gradualmente y durante los dos años que siguieron, fueron haciéndose visibles los defectos y las contradicciones existentes en el informe del Gobierno. Los últimos sondeos de la opinión pública **SIGUE**





dm

cumpla con su beber!

Donde está la juventud, está Ginebra BURDON'S.
 Con BURDON'S, cualquier coctel se convierte en una
 aventura deliciosa.
 Con BURDON'S, las aguas tónicas, las bebidas colas y los
 zumos se hacen más audaces y atrevidos.
 Es que BURDON'S es la ginebra alegre.
 La ginebra exactamente seca, con la fuerza justa.
 ¡Cumpla con su beber con BURDON'S!



BURDON'S

DRY GIN

su ginebra, señor!

LA CRISIS DE LA VERDAD



«Credibility gap» núm. 4: Vietnam. Los círculos diplomáticos no tienen demasiado en cuenta las informaciones de Washington y se guían por las que vienen de fuentes independientes. Abajo, Allen Dulles, a quien Kennedy hizo salir de la CIA y que, paradójicamente, fue luego el miembro más activo de la comisión que investigó su asesinato.

norteamericana muestran que apenas nadie da ya crédito al antes sacrosanto informe Warren. Y se da el caso que, paradójicamente, muchos de los que colaboraron en dicho informe parecen ahora dudar de su conclusión fundamental, esto es, que no hubo ningún complot en el asesinato de Kennedy. El año pasado, Richard B. Russell dijo a los periodistas que nunca había estado convencido de que Oswald hubiese matado al presidente sin ayuda alguna (aunque firmó el informe y éste mantenía esta tesis). Recientemente, John J. McCloy llegó aún más lejos. Dijo que el público había interpretado falsamente el documento en cuestión. Este no aseguraba que no hubiese existido ningún complot; daba tan sólo a entender que la Comisión no lo había podido averiguar. Los defensores del informe gubernamental pueden apoyarse en esto si es que llegan a acumularse datos que corroboren hasta la evidencia que existió una conspiración. Ahora bien, lo que no puede corregirse tan fácilmente es el daño ocasionado a la credibilidad de las agencias que arriesgaron su reputación asegurando que no había habido tal complot.

La prensa norteamericana ha ejercido la autocensura, en alto grado, durante el incidente del piloto del «U-2», la crisis cubana y el asesinato de Kennedy. En una ocasión, el propio Kennedy reprochó al «New York Times» el no haber publicado el artículo de un corresponsal digno de crédito, sobre los preparativos de la invasión de la bahía de Cochinos; dijo que si hubiese tenido conocimiento de los hechos contados por el periodista, seguramente hubiese anulado los planes para la intervención americana. Mientras la prensa norteamericana, en general, ha mostrado un alto espíritu de cooperación con el Gobierno, censurando artículos que, en opinión de los funcionarios, perjudicarían los intereses de los Estados Unidos, la mayor parte de los periodistas se niegan a publicar informaciones de liberadamente falsas. La distinción entre una pura y simple supresión de detalles —que los censores oficiales clasifican de «secretos»— y la publicación de falsas informaciones, se ha convertido en un problema candente para los reporteros destacados en el Vietnam.

La revista «Newsweek» observó recientemente que el número de aviones norteamericanos perdidos en esta guerra era más del doble del anunciado en las cifras oficiales. Como señala Considine, la diferencia entre la realidad y las estadísticas refleja el hecho de que los aviones norteamericanos recuperados, aun cuando en su mayoría no sirven ya para nada, no están incluidos en las listas oficiales. «Hay que computarles como pérdidas», señalaba en su denuncia el reportero de Hearst, «pero por la razón que sea, el Pentágono prefiere pasarlas por alto». Los periodistas americanos han mantenido ya varias polémicas con los portavoces del Ejército a causa de sus informaciones en torno a las operaciones militares estadounidenses; en una ocasión tuvo lugar el siguiente incidente: un oficial perdió el control y comenzó a gritar «¡Si vosotros, los periodistas, creéis que os vamos a decir la verdad, es que sois tontos. ¡Me oía? ¡Tontos!». Sin embargo, cuando estas falsas informaciones se repiten a niveles más altos y llegan a formar parte de la política de la administración, las cosas son mucho más graves. Walter Cronkite hizo una acusación en este sentido, cuando declaró en la John Hopkins University, que la causa principal de «la gran confusión en que se ve envuelto nuestro país en torno al problema de Vietnam es que nos lanzamos a la guerra sin haber procedido antes a una difusión de los hechos, como se debería haber hecho... La proliferación lenta de aquella guerra, de la que tuvimos noticia con excesivo retraso, no hizo sino abrir más la brecha de credibilidad... Quizá, parte del problema de credibilidad que se le plantea a esta Administración se debe a que ésta quiere actuar sobre la base de un consenso, cuando, de hecho, no tiene mandato alguno sobre lo específicos».

Parte de este problema de la Administración hay que atribuirlo al hecho de que intenta obtener, por todos los medios, el apoyo de otras naciones para la política que sigue actualmente en el Vietnam, temiendo, al propio tiempo, que si se divulgasen ciertas cosas, la opinión mundial la desaprobaba. Esta creencia está fundada en una ilusión. El mundo no tuvo que esperar que Eisenhower anunciase



que los pilotos de los «U-2», que sobrevolaron Rusia, no estaban realizando «emisiones meteorológicas». El mundo sabía, desde el principio, que la invasión de la bahía de Cochinos se había organizado en Washington y el mundo, con la posible excepción de los ingleses, ya hace tiempo que rechazó las conclusiones de la Comisión Warren.

Los círculos diplomáticos no tienen demasiado en cuenta las informaciones procedentes de Washington, sino que confían sólo en las informaciones de fuentes independientes. Si se admitiese que, por ahora, el verdadero objetivo de los Estados Unidos en el Vietnam no es la paz, sino la victoria, no cambiaría en absoluto la política exterior de ningún país, pero se conseguiría que el mundo volviese a tener fe en la credibilidad de los Estados Unidos y de sus dirigentes.